

CONJURO DEL ESPEJO

Poesía 1985-2000

ILIANA GODOY

POR ASÍ DECIR

...es poéticamente como el hombre habita esta tierra.

Hölderlin

El precio de la libertad, erotismo y muerte, el mar como metáfora total, la celebración del paisaje y la plástica, los espacios y su sacralidad, escenas cotidianas, viajes, transgresión y exceso, vislumbres chamánicas, el sustrato profundo de México. ¿Obsesiones, señales, temas?

Cuándo y cómo se escribe poesía: pregunta obligada que el poeta debe responderse. Yo no he podido. Me doy cuenta que cuando acudo al papel, de alguna forma que ignoro, el poema ya está escrito. Sabe lo que quiere. Nace macerado por una meditación a trasluz del intelecto. Las palabras articulan una verdad. El oficio, es cosa aparte.

¿Qué potencias del ser se han puesto en juego para ese alumbramiento? El poeta –como el profeta- es quien escribe desde una identidad que desconoce. En él habla el anhelo colectivo, toma cuerpo en su voz la voz de otros. Mas el poema expresa una visión personal e intransferible. Resulta una aparición en la página en blanco. Como una fuerza en libertad, el lenguaje se da forma a sí mismo. Lo mejor de la poesía, según Borges, pertenece a la tradición; el prestigio creativo es ilusorio, pero cada poeta deja su huella en la tierra.

Poetas somos todos cuando nos abandonamos al presente absoluto, a un infinito actual donde acontece la significación. “La poesía es la casa de la presencia”, decía Paz, pero no se trata de la contemplación estática sino del drama existencial. Hay quien no se resigna a la fugacidad de la revelación y se empeña en recobrar la dimensión desterrada. No vislumbrar la poesía, habitarla es el reto del que escribe.

El territorio poético es el de la sospecha, advertía Bañuelos en su célebre taller universitario. A un paso del escándalo, el poema revela otra vertiente del lenguaje. Lanza la apuesta de que el mundo no es como creíamos positivamente. Las

palabras dejan de ser tierra firme y resbalan sin freno por el desfiladero de las maravillas. Definición y descripción se resquebrajan, para dar paso a un universo de fronteras móviles. Este carácter protéico y ambiguo –clave de su riqueza– coloca a la obra y a su autor en terreno amenazante, sea cual fuere el tema que se trate. Como Prometeo, el poeta hurta a los dioses el fuego de la transmutación y lo pone al alcance de todos. Sólo algunos lo tocan porque el fuego quema.

Trascendiendo al mito, desde el origen de la cultura el poema ha expresado las pulsiones inconscientes que la moral reprime. Conocida es la función catártica del arte, cuyo ámbito inagotable es la interioridad humana. En ese camino de conocimiento la poesía erótica femenina del siglo XX reveló a la mujer como sujeto de deseo con definición propia. Puso de manifiesto un erotismo sin bordes al romper su silencio. Inauguró así el camino hacia una nueva relación humana. No ha sido fácil. El tema erótico en poesía, como el social, es una cuerda floja: por exceso se cae en lo obvio; por torpeza en lo vulgar. Cualquier pose se vuelve inverosímil y el poema se derrumba.

Ha sido arduo expandir el horizonte y hallar nuestra palabra, con valentía y autenticidad, sin copiar el discurso masculino o reaccionar en su contra de manera acrítica.

Juana de Asbaje escribió poesía amorosa y el más ambicioso poema epistemológico desde su claustro colonial, a mediados del siglo XVII. En un poema como “Primero sueño” sería ocioso preguntarse el sexo de quien lo escribió. Las diferencias de género son importantes, pero no agotan la poesía, cuya indagación trasciende hacia lo universal. La confrontación del ser humano con el misterio ha sido motivo de los grandes temas: Dios, el destino, el amor, el tiempo, el mal, la soledad, la muerte, siguen dando de qué hablar.

Como respuesta al enigma de la existencia, poesía y magia han ido de la mano a través de la historia. Prueba de ello es la poesía de las mujeres mayas que es canto, conjuro, ensalmo, consejo y plegaria de sanación. En nuestro mundo mediatizado la poesía se aísla de la vida cotidiana y se pretende convertirla en ejercicio elitista, pero la vida sigue confirmando la sentencia de Hölderlin.

En rebeldía contra esta deformación he llevado mis pasos a la cultura ancestral de México y su arte. He podido aproximarme a sistemas holográficos de pensamiento plasmados en formas plásticas. Me he acercado con humildad al

pensamiento chamánico, donde imagen y palabra crean una realidad trascendente que se percibe con el cuerpo. Descubrí que la filosofía se inscribe en piedra y no hay meditación más completa que la danza ritual. Llevar estas experiencias a la poesía ha sido mi vocación de años recientes.

El orden y la unidad de la visión chamánica la hacen paralela a la expresión poética. El ritual mágico es un poema en acto, así como el poema es un conjuro en potencia.

Si el pensamiento racional huye de la contradicción, magia y poesía hacen de ella su fuerza. Como sistemas inclusivos, no cancelan ninguna de las posibles vías, abiertas sin resistencia al ejercicio trágico de la libertad. Ser y no ser se contemplan suspendidos en el asombro de la sincronicidad. Tal la vertiente dionisiaca que me mueve.

La apolínea se expresa en la celebración. El poema se erige como una arquitectura de palabras. La mirada consagra los ámbitos en una geometría que configura la perfección de lo que se contempla. El poema se ciñe al rigor de esa forma. Rodeados de un aura de excepción se recortan momentos y lugares. Una serenidad gozosa busca perpetuar en imagen y sonido la lucidez de un orden inmutable. Apenas un remanso de reconciliación con el mundo.

Lejos de la convencional salud mental el poeta se arriesga al cortocircuito de lo incoherente. Incapaz de alejar sus obsesiones, las cultiva; sabe que fructificarán en símbolos. Así, en mis poemas la constante presencia del mar convoca lo sagrado, manifiesto en luz plena de erotismo o velado en oscuridad de muerte. Íntimo, inconmensurable, poderoso y eterno, el mar es sublime porque nos avasalla.

Nunca será suficiente la palabra para dar vida al complejo universo cifrado en la apariencia. Lo sabemos, y aun así realizamos el salto mortal de la imagen poética, quizá el recurso creativo de mayor alcance. Imagen es presencia convocada por el ritmo. Es algo más que sinestesia; es sentido que rebasa la propuesta del discurso.

Paradójicamente, en este reino plural y aleatorio, el poeta requiere disciplina impecable. No tiene margen de error (en ese punto coinciden poesía y matemática). Hay una ética en términos de estética, aunque parezca caprichoso.

Creo, con Alfonso Reyes, en la heroica lucha con el ángel por apresar la forma, el “vaso providente” que ofrece a nuestra impotencia desmesurada el descanso provisorio del poema.

Iliana Godoy

A quienes han labrado
inscripciones en mi tiempo

INTERREGNO

A Juan Bañuelos

DAVID

I

Mirada donde arden
puertas que no han de abrirse.
Incendio que no cesa ni consume.

Aún quedan cicatrices que separan sus labios
en el instante lento del solsticio.

Juventud,
oleaje en cumbre.
Se escucha a tus espaldas
un estruendo de mar que se detiene.

II

Gota de agua
asciende
se despeña.

Indivisible esfera
vence ámbitos
y sigue única. luz

Destello suspendido
en aludes de tiempo
tu desnudez
señal que nada borra.

III

Electrizante mar.

Fiebre de contraoleaje
tus cabellos.

Energía que rueda por mis manos.

Delta que desemboca hacia tu frente
desenredando vórtices de espuma.

IV

Tu mirada dibuja umbrales en el viento,
temblor donde se inician vuelos de agua.

Cunde la enredadera,
deslumbra en tus pupilas.

Siento un latir de danza bajo tu piel de arena,
levadura de sol
en espera del roce que la inflama.

V

Águila encarnada en el vuelo
eres deslumbramiento:
dos señales de brasa.

Tu sabor se insinúa en mi lengua,
ávida de correr por tu costado;
haz de tallos que conduce
al enjambre de especias de tu axila.

Un temblor visceral me desarraiga.

Cedo la caída
y logro desbocar tu abrazo.

VI

Tiembla frente a tu cuerpo la muralla.

Quedo inerme ante tu aliento,
atmósfera ceñida al brote de la hoguera.

Qué pueden estructuras,
 esqueletos de sombra,
frente a tu piel de polen congregado.

Una caricia tuya es la piedra sagrada que nos hiera.

Rayo en manos del ángel.

VII

Seré surco al cincel de tu jadeo.

Ascuá fugaz del goce
mi piel iluminada por tu lengua.

Desprenderé la timidez de parra
que divide tu sexo de mi boca.

He de lanzar contigo en cada espasmo
la piedra del placer,
piedra angular,
de toque,
de diamante.

Estridencia que derribe con nosotros
en último gemido
el muro intacto.

CONTRALIANZA

A Rubén Bonifaz Nuño

INDICIOS

I

Desnudez entreabierto,
escisión transparente.

Con perfume de sombra humedece la hoja
que abre el fruto.

Durazno de intacta hendidura
que ignora su sabor.

II

Por tus manos de selva
 brota fruta encendida,
 surgimiento de carne
 redonda desnudez.

Peces profundos buscan
 ceguera de su noche
en la humedad que se abre y reverbera.

Después,
 sombras gemelas
 pesan sobre mi cuerpo

y una pregunta oscura se desangra.

III

Así te necesito,
no más allá del cuerpo.

Con el acre sabor de tus veinte años.

No quiero ver el mar,
quiero enredarme al zarzal de tu pelo,
para quedarme presa en esa trampa
de la fascinación con que me miras
sin preguntar qué somos.

¿De qué huracán regreso tan desnuda?

No más allá del cuerpo.
Sin hablar del amor.

INCIDENTE

De pronto una mirada me desnuda,
se derrama por mis senos.

En su calor desata los pétalos dormidos
y con dedos de aceite me abre en surco.

Tembamos al tocarnos
sin palabras.

Entre fardos de pupilas,
a bordo de autobuses
que nos separan siempre
en las mismas paradas.

DESTIEMPO

Veo a mis hijos dormir,
despejan en su frente latitud de ausencia.

El temblor de sus párpados revela
el goteo de mi muerte.

Recuento cicatrices en la espina del tiempo.

Me sienten zozobrar
cavando la trinchera
para alojar el día con su aire de espadas.

Aspiro este letargo;
ellos flotan ausentes
en el útero estéril de la noche.

Llego tarde.

No es hora de tocarles la vida.

TRAGAFUEGOS

Vulva al rojo vivo
abierta al límite pariendo lumbre.

Erupción que fulmina al aire corrompido.

Escupe en pleno rostro del crepúsculo,
vomita sobre el asno de oro
que campea sus falsos estandartes.

Tu grito incandescente
hará brotar las heces que la ciudad esconde.

Cuerpo que día tras día acumulas veneno,
panal donde se forja la redención del alba.

Una gota en cada uno de tus poros
tendrá que ser la chispa
que propague el incendio.

CHALMA

Pueblo que respira sangre recién lavada.

La lengua de incienso engulle
cuerpos que se aglutinan
por hinchar el rebozo de la nave.

A contraluz tumultuosas contorsiones.

Hincan en el mármol sus asperezas
hombres de sal oscura.

Gemidos de mujeres sostienen cataclismos.
Labios fermentan rezos,
cadáveres que no logran morir.

Orines, sudor y polvo,
las ofrendas
frente a la estéril máscara de Dios.

19 DE SEPTIEMBRE

Por no caer
tensar todos los cables que chasquean el caos
cuando la noche ahoga su alarido entre escombros
y el aire abofetea a quienes todavía respiran.

Mientras lo amorfo escupe su flujo macilento
troquelemos a plomo las facciones.

Caminemos sonámbulos al útero abismal
que nos congregate a tiempo o nos devore.

SIGLO XVI

Borra en su densidad tiempo de arena
el atrio de caminos reflejantes
cuando el orden que vela los instantes
es procesión que rompe su cadena.

Rueda el aire llenándome las venas
de verde aliento y voces resonantes;
en el lienzo de sol, ahora y antes,
el fluir del presente hierde apenas.

La luz labra un panal que a diario crece
y desgasta relieves con su hiedra
mientras la sombra los derrumbes mece.

Sólo el polvo es testigo de la piedra;
en vacía memoria que enmudece
la permanencia de las ruinas medra.

TRASLUZ

Sangre en alas de seda anticipada,
boca plena de luz, urna del día
en tiempo deslumbrante de agonía
devuélveme el cenit de la granada.

La avidez del encuentro no saciada
fue lumbre que la ausencia encendía;
el beso llamaradas detenía
en brevedad de muerte dilatada.

Ahora que el incendio silba y canta
cedo mi desnudez sin resistencia;
por ser gota del luz en tu garganta

seré grano de sal, ciega presencia,
última realidad después de tanta
devastación, después de tanta urgencia.

MÁSTIL EN TIERRA

Arde el mar,
ceden todas las puertas.

No hay casa que detenga el avance del fuego
ni ceniza que borre el furor de la sangre.

Un embate de aromas surge de la hierba;
aquí el aire es más denso sin paredes.

Paladar de la playa,
otredad del silencio
donde cesa el derrumbe del oleaje.

Diaria gestación del fuego.

En espiral elevan
las chozas de maíz
su parcela de ladridos,
sus gallos de veleta.

A contener el cielo juegan
retinas de obsidiana.

Secretos de espuma bullen,
rozan la quilla de las barcas.

Despierta en ellas el instinto de los peces,
crece un rumor de gozo en las arenas.

Llegan hombres de sol,
manos de tizón ardiente.

Abordaje del mar
olas
labios hendidos.

Fondo sin fin,
horizonte
para quedarse mudos.

Bajo un cuenco de flamas
el océano

Yo no estoy en la orilla.

Conozco el mar.

Consigna que repito ante el espejo
por desenmascarar su transparencia estéril,
la nube que en su fondo niega el llanto.

He atravesado la retícula del gris.
Ardió el álbum de días enmohecidos,
sin viento.

Conocí a quienes viven del aire de las playas,
pescan,
siembran maíz.

Engañan
su hambre con el canto
por no vender la voz.

Extravié el sueño en noches de batiente marea.

Renuncié a la rutina,
territorio de parálisis,
dosis exacta de culpa.

No pude resignarme
a esta mezquina medición,
agonía sin tiempo.

Vuelen todas las ventanas.

Los espejos serán puertas al mar.

Los perseguidos ahogan su palidez
en el centro de la noche.

Una estampida de terror los arrastra.

El mar no los perdona
hiere sus pupilas a sangrar.

Huyen hasta descoyuntarse.

Gritan ante el horizonte impávido,
dejan jirones de piel en espinas de viento.

No se detienen,
se desintegran.

Imprimen a la muerte su rictus desorbitado.

Palidece el mar,
convulso lecho de sonámbulas aves.

Alguien está de pie,
mástil en tierra,
buscando arboladuras para aferrar el viento.

Sin sangre ha despertado,
mudo, con transparente cicatriz,
y no interrumpe el soplo que dibujan las arenas
desmoronando en sal su congelada estatua.

No es fácil seducir a la muerte.

Los perseguidos sueñan
compartir con ella sus orgasmos.

Intentan
 abolir su custodia
 sorprenderla a traición
 rebasarla desde el sueño.

No se atreven.

Un río de muerte a medias corre con su prisa
y se detiene a tiempo
cuando ellos cavan fosas provisionarias
para seguir al paso de las bestias
retardando en el oscuro cautiverio
la implacable agitación del alba.

En la disolución rueda el viento nocturno
distiende
su sábana de luces.

Quietud donde respiran
las bocas excoriadas por desiertos.

Oscuridad que espera arder al rojo,
desollar la blancura,
romper identidades en la carne.

Rescatar a la noche violada
en confinados lechos
donde relojes miden
raciones de placer
pausas de muerte.

Los señalados por la devastación
han dejado los muros,
las ciudades.

Exterminan las cárceles del tedio,
su abrazo frente al mar
es volcán donde estalla
el corazón terrestre.

¿Qué se busca al hollar la piel amoratada de la noche?

Abolir la primera negación,
el escollo del tropiezo.

Viento marino para anestesiar la frente,
y no sentir el clavo que se hunde entre los ojos,
su crecimiento a la altura del grito,
su jadeo en presagio de tumba.

Oscuridad que devora
flores al cerrar frutos.

Altamar es silencio de bocas amargas.

Voces confundidas en rumor de historia,
red dispersa en la luz.

La amargura del mar no la disuelve el viento.

Fauces en desmesura se desbocan,
sucumben al cerrar su espiral insondable.

Agua que gira
en agua se diluye.

La espuma crea ilusorias
geografías del deseo,
collares deslumbrantes,
cúpulas de caricias que se desvanecen.

Estalla el mar burlado,
rebeldía del ángel que desata
un tropel de blasfemias.

Son las voces vencidas por la muerte
que de nuevo cabalgan.

Sube la marea,
rebaso cualquier boca.

Hay que aprender a respirar de nuevo
en galope al vacío,
mientras la juventud ostenta su impudicia.

Cuerpos donde el relámpago proclama sus imperios,
voces que recuperan fermentación vital.

Jóvenes se consumen,
espasmo del instante en el centro del sol.

Nada les pertenece,
ajenos de sí mismos
buscan en el mar una efímera tregua,
la exacta detención que necesitan
si miden su estatura
antes que la lumbre siga su desgaste en la fragua.

La saliva del mar se agolpa en la garganta.

Incontenible el vómito,
el delirio.

El circunloquio agita sus aspas y cercena
la yugular nocturna.

Salpica un tinte espeso
y cubre la marisma en vapor de masacre.

Es vasto el territorio de lo oscuro,
interminable su latir agónico
que se incrusta en las sienas,
cuando se sabe que mañana es nunca,
que el mar indiferente nos aísla
y arranca de la arena
un alarido de botellas rotas.

Mar que persigue el rastro
de quien pulsa su muerte como guitarra ajena,
zarpa que arranca al pecho su cordaje
en ese acorde mudo que deja al solitario
a merced de mareas,
conjurando en su danza el vaivén de los vientos.

El infierno azul crecía,
ensañaba su brillo en tu cintura.

Era tu jaula el mar.

Te di la llave entonces,
ancla para seguir tocando tierra.

Yo te di a luz
y tú te diste a sombra.

Sin el peso de tu furia,
sin la carcajada de tu sangre ante el miedo,
sin tu alcohol de quemadura,
sin la carnicería de tus palabras,
me senté frente al mar
hilando el viento.

El infierno azul crecía,
ensañaba su brillo en tu cintura.

Era tu jaula el mar.

Te di la llava entonces,
ancla para seguir tocando tierra.

Yo te di a luz
y tú te diste a sombra.

Y por qué no pensar que nada debo,
que nunca tuve hijos,
que no prometí nada.

Que me puedo morir cuando yo quiera.

Cicatrizó el capítulo de fuego.

Un equilibrio triste sustituye aquelarres.

La ausencia enfría igniciones
de lagrimás.

Todo ha concluido.

Hicimos el amor,
nos burlamos de todo,
nos sangramos.

Nos bebimos enteros.

Desde la herida abierta entre las brasas
un hervor azul brota
de marea más lejana que el silencio,
anterior al derrumbe de tu voz.

Nunca pude anegarme en el temblor de bocanada tibia
que trascendía tu piel.

Vi tambalearse el mundo a través de esa estela calcinada.

Víctimas del deseo,
al filo de la hoguera araños el aire,
quisimos respirar pero fue inútil.

Varados tierra adentro,
nunca tocamos playa.

Blues de aceite y agua sucia.

Ciegos

a contrasangre

resbalemos

con la obsesión del mar restallando en el rostro.

Larva de sal que asciende corrosiva
por las fosas nasales.

Anguila que socava en una noche laberintos de sueño.

Cuando sólo se escucha el interior
de muros arañados por la ausencia
y un hervidero de flores que se pudren
en la pecera del ojo.

INVICTA CARNE

Tu piel de sombra y agua
para ahogarme despacio,
para soñar que sueñas y te veo
tras el cristal de nunca haberte visto.

Es que tu voz conoce
los tersos laberintos de mi oído.

Tu voz que hace su cauce con aceites oscuros
y me colma
y me anula.

Me condena.

Es tu saliva un rastro
de la sangre oxidada entre cobres de sombra.

Sólo quiero beber a bocanadas
tu sueño y sucumbir
así, la boca abierta,
el paladar florido en tu fermento.

Los que duermen ignoran el parto de las flores,
su rumor en crecimiento,
su música en sordina.

El durazno despierta en las yemás latentes
su tacto vegetal
polen de cielo.

El día intenta avanzar;
con su cadena de pequeños soplos
hace volar los pájaros,
hace caer las últimas migajas del invierno.

Se estremece en oleadas de primavera inminente,
ave que bebe lágrimas y guarda
su remolino de hojas
en una urna de cristal de cielo.

Estás en la mañana,
en el temblor de mi piel que desdibuja
tu última caricia,
en la sonrisa amarga del café,
caliente semen.

Estás en mi deseo de olvidarte,
en mi necio restañar puñaladas del tango.

Ciegas mi lampara con la negrura de tu árbol.

El sabor de tu sexo invade el pan,
el agua,
el aire que respiro.

Ya posees la cifra de la sangre
que me estalla por dentro
en cada pulsación que repite tu nombre.

El dardo de tu lengua mueve mi cauce oscuro,
lo derrama y penetra cada célula,
horadando el plasma azul de la memoria.

La una de la noche.

Un cuchillo de luz y las sábanas brillan.
Es de raso este aire que te alerta.

Tu vigilia de puma reconoce la primera señal,
el territorio exacto de los días.

Me cubres,
me sumerges en el océano estático
que nos suspende el miedo entre latidos.

Es una leche ácida el esperma,
un diccionario preso en la garganta.

Es vino que no cae ni reposa.

Un tumulto de flores que se esconden
huyendo a la blancura.

Una luz que dilata horizontes de labios.

Voy a dejar que el vino quede ciego.

Que vierta en la botella su catarata inmóvil.

Que lama el corcho sin poder salir.

¿Sabes?

No encuentro nada más allá de tu lengua,
por más que froto la arena de tu saliva,
por más que quiero ahogarme
en tu beso profundo,
en tu espacio sin aire,
en tu noche sin estrellas.

El cuerpo sigue, sigue.

Desde su sordidez amoratada pide más sexo,
vino,
más sudor.

Se estremece en conmoción de madrugada tensa,
cuando los huesos se rinden
a su maldita carga y a su lejano polvo.

Tenemos frío,
ciego nuestro sudor nos embalsama.

Estamos tristes,
todo lo hemos vendido.

Nos vamos al desván a desvestirnos
con la complicidad de nuestros ojos
que se colman de estreno y todavía
nos germinan en brotes de inocencia.

Hoy recibo el sol con humildad,
como los menesterosos reciben
el albergue de los parques,
el alcohol y el azúcar
para seguir mintiéndose la vida.

Porque el cuerpo no entiende,
no se degrada ni en la prostitución
y en la decrepitud, ante la muerte
libra su batalla más intensa.

El cuerpo huele a espadas victoriosas.

Su ponzoña es letal en ciertas noches
cuando el sexo es beber tantas edades
tanto sudor y tanto sobre camas ajenas,
donde la perfección es sólo el grito
que irrumpe en el silencio
y regresa al vacío miserable
de los cuartos de hotel.

Una palabra tuya crece en mi corazón.

Tiende su red a mis latidos tensos
y revienta en mi pulso con un sonido extraño,
tuyo, mío, de nadie.

Es la voz de ese hijo que matamos
en la escisión invicta de la carne
cuando la sangre vuelve a saturar su herrumbre
y la noche transita su territorio de agua.

Esa palabra sigue resonando
como un fuelle secreto en mis pulmones.

Sus látigos gobiernan mi rebeldía.

Su destello delata en el yunque del ojo
este estado de sitio.

Resiste papel la corrosión de mi tinta,
la bocanada ácida que agolpa
miserias de la carne.

Hay noches infinitas
en que uno elige cuidadosamente la basura
y se viste con ella.

Nadie es fiel,
lo sabemos.

El grito que nos fulmina sobre sórdidos lechos
ataviados con sudor inocente
es sólo testimonio
de la mentira siempre repetida.

Yo no sabía nada,
jugué con el deseo
como quien enciende
interminables luces de artificio.

Ignoraba que el amor
es la oscuridad húmeda que todo lo traspasa,
esa que desde anoche
pudre mi corazón.

Nos hemos buscado tanto
que ahora nos odiamos frente a frente.

No se puede hacer nada.

Nuestros cuerpos lo ignoran
y se embisten como embarcaciones ebrias.

Chocan contra la noche impenetrable.

Cerramos los puños y a gritos hacemos
que el placer derribe puertas,
que el orgasmo traspase
la conciencia de estar solos.

Viento,
ven y desarráigame.

Ya no quiero volver a la cordura.

Detén entre sus labios el compás de mi cuerpo.

Ha de cesar la lucha,
abriré las ventanas de mi casa.

Coros infernales
engendrarán silencio desde el caos.

Silencio sin orillas,
atmósfera de llamas,
para vencer el sueño.
para no respirar.

Antes de hablar
recorre el vértigo de la aceleración
en madrugadas de purpúreos arañazos contra el cielo.

Y seamos lentísimos
como el instante que contrae la muerte.

Tiempo elástico de quien tiene veinte años,
el resto de la noche
y el pulso de su audacia.

Se trata de vivir,
de escalar este aire enrarecido,
se trata de rasgar
con el filo del ojo el pétalo más blanco.

Mira:
los cuerpos tiemblan y se abrazan,
escalofrío de pieles
heridas del espasmo.

DERRUMBE DEL FUEGO

A Luis Mario Schneider

La noche es una inmensa bofetada.

No se puede dormir,
la sangre azota su rompiente en los huesos.

Quiero gritar.
No para que me escuches
sino por que la nada tiemble aquí a mi lado.

Con este hollín sombrío quiero levantar templos
que incendie la primera chispa del aire.

Torres de insomnio.
Fuego que se derrumbe a puños de ceniza.

Son siglos de crecer a espaldas de la muerte.

Tiene el vino un olor a profundo pasaje secreto
donde nuestras sangres anudaron
jarcias tempestuosas.

Velo mineral en la copa vacía
rota en nichos ocultos.

En púrpura se tiñe el llanto de la noche;
su caleidoscopio nos cercenó las manos.

Pulsera al rojo
enciende cada noche
la antigua corrupción
que avanza sin consumirnos.

Juntos para atraer impetuosas borrascas
siempre supimos escapar del miedo
por la calle más amplia,
la que nadie vigila.

Veneramos el caos
perseguidos por esa luz terrible
que lo incendiaba todo.

Nos acosó un batir de alas sangrientas.

Desterrados del sueño
fue el nuestro un territorio
de antorchas levantadas.

Memoria que se ahonda
sabiendo que el deseo
busca otra luz tras el amanecer.

Sigue ante mí
ciudad de tempestades.

Ciudad sin sueño cimentada sobre hormigas.

Finge nuevos palacios
bajo la decadencia del crepúsculo.

Infíltrate en mi vientre

No ceses de inundarme.

VITRAL DE SANGRE

A Frida Kahlo

Con un aullido rojo
cede a la nitidez de un machetazo
su pulpa de vitrales la sandía.

La multitud de vasos queda inerme,
emanación floral que no resiste
la luz y su agresión de mil agujas.

Asoma la gangrena su red amoratada.

El río de tu sangre
es lava que cercena los brotes de la muerte.

Arrancas de raíz
los garfios que corrompen.

Eliges ostentar la desnudez sagrada de la herida,
por desflorar un lienzo de blancura.

SEDUCIR A LA MUERTE

Habría que caminar por el desierto
hasta que el rostro fuera una resequedad
y la mirada una alucinación.

Habría que arder de olvido
y en un polvo solar, ciegos de llanto,
desandar los caminos de la piel,
y quedar inocentes, primarios,
previos al nacimiento y a la herida.

La sordera del muro se levanta.

Desde mi pecho hasta mi boca crece
su recia solidez
y nada fluye.

Toda fosa es hermética,
sin luz que nos redima.

Nada fue cierto.

Vimos

el carnaval fastuoso
despojarse por fin de su antifaz
para ser sólo fuego contra fuego,
combustión sin materia,
simple voracidad.

El escándalo es un rubor suicida,
grito que desflora,
muda raíz que tiembla de intemperie.

Última estación,
parada anterior a la muerte,
paracaidas de locos.

Nadie puede escapar al cerco blanco
donde el amor consume
su propia tumba.

Dios está en la vigilia corrupta
y protege a las ratas
en noches andrajosas
con la sabiduría de esquivar el golpe

Mi locura es sagrada

No me toquen

Ojos empantanados definen tu silueta
A contraluz te alumbro

Revélate Satán
deja caer tu máscara.

Embísteme con tu hecatombe oscura.

Te reto a compartir
mi urgente combustión a carne abierta.

A deshojar la yema de la rosa
hasta teñir de rojo los espejos.

Somos los desertores,
los testigos.

Siempre temprano o demasiado tarde.

Un solo instante vivido a tiempo
se llama eternidad.

Nosotros aspiramos a ese cansancio póstumo
que marchite las rosas
y haga correr el tizne por el rostro
de los que entonces lloren.

Contra la cobardía de las neuronas,
ensanchando el calibre de las venas
esto es sobrevivir sobremuriendo.

Conoces la negrura,
te ha cegado esta terca ciudad
que no quiere morir
y evade su sentencia
en el canto monótono del agua.

Un bostezo se traga nuestros pasos,
atropella las sombras
este fragor de trenes que no parten.

Volvemos a encontrarnos en días temblorosos
y dudamos del aire que nos brinda
sus porciones de oxígeno
y nos miente.

A Otto Raúl González

Sentenciado a su mustia levedad
cae el otoño.

Nadie avive la brasa oculta en la ceniza.

En su muda estación,
bostezo lento,
he de apagar la urgencia de este fuego.

SONETOS Y CLAUSTROS

A Jorge Vilanova,
mi compañero siempre

SOMBRAS

Amantes en la lumbre del espejo,
ola de carne que el deseo irisa;
confusos límites que no precisa
la luz ensimismada en su reflejo.

Suma las soledades el bosquejo,
se disuelve el espasmo en la sonrisa.
Vestigio triste de la alegre prisa
es de la plenitud tan solo un dejo.

El sudor en el aire se congela
para que sus cristales nos dividan,
avanza su frialdad aunque nos duela.

Si a confundirse en el ardor convidan
mediodías de sol, la muerte vela
hasta que nuestras sombras nos olvidan.

FAENA

Fija la pausa que el azar deslinda,
el matador es vértigo estatuario.
Músculos y negrura, su contrario,
volcán en sangre, su martirio brinda.

Antes que su desdén la tarde rinda
para teñir de rojo el cielo diario
sus percales de luz serán sudario
de la espada que vida y muerte escinda.

Ritmo de naturales el sublime
oleaje en que naufragan emociones
y al rematar beberse el toro entero.

Cinzel del aire, temple del acero
compás que a volapié de sol redime
el devenir fugaz de las pasiones.

RESURRECCIÓN

Para Enrique González Rojo

Los cadáveres sueñan y se posa
helada flor sobre su tibia frente.
Duda la sombra y la memoria ausente
confunde fuego fatuo y mariposa.

La desnudez sin tacto no reposa;
venciendo la frialdad traspone el puente.
Sangre y aliento, en combustión latente,
anticipan la lumbre de la rosa.

Fluye la sangre y su calor difunde
el latido que en mármol se congela;
una ansiedad sin nombre se desvela,

un llamado sin voz el hielo funde,
hasta que el río de la vida vierte
su caudal de victoria sobre muerte.

JEREZ

A Ramón López Velarde

El claustro del invierno es un sudario,
muda ráfaga yerta en escultura,
procesión ojival cuya estatura
eslabona en cantera el blanco osario.

Sonora gravedad del campanario
a golpes de cincel despeña altura,
ensombrece los patios y clausura
la desnudez en lunas del armario.

Un rubor fresco tiñe amaneceres,
calcinados insomnios redimidos
por el día colmado de quehaceres.

Anestesiados crecen los olvidos,
calla el deseo, se borran los placeres;
queda el prestigio de los tiempos idos.

POEMAS CHAMÁNICOS

CIHUATLAMPÁ

A Iván Ramón

I

Espejea el guardián
calcina sus volantes en la campana de oro
y crepita la tierra
virginidad en brotes
mientras la flor ignora su destino.

Un faldellín de brasas,
moja su luna nueva
en la leche redonda de mis uñas.

Se abre la puerta roja
erguida en lo más alto de la tarde
y en el vuelo rasante de las águilas
impulsa su velamen sobre el fuego.

ÁRBOL DE LA VIDA

A Jacobo Grinberg

I

El punto es la llegada de la luz,
su evidencia más obvia.

Hay que escarbar, tejer
las redes de una hoja
para sentir el vértigo del agua
que se despeña catedral arriba.

Navegación aérea del diamante.

La cúpula vertiginosa
se retrae y avanza
expandiendo en su fuego de artificio
el volumen inmóvil de la noche.

II

Se abre de par en par la simetría
bicéfala contiene
el espacio ovoidal de los nonatos
 que despliegan su sombra
 y se bifurcan
 en espiral de hojas y raíces.

Así el asalto del Señor del Monte
 gravita suspendido.

III

Horizonte de párpados,
la luna
puesta de pie
es un pez;

vuelta de canto
es la moneda oculta
y la hoja más plena.

Su parábola hilvana
los chacras del espacio.

La plenitud redonda hacia su centro,
acribilla su eje y al fin sube
al punto de ruptura de la ojiva.

INJERTOS

I

Nubes enardecidas,
luna erecta.

En las entrañas tersas de una ola
jacaranda de ramos imposibles.

II

Se transmuta en raíz la luz ausente.

En el alto vacío
se reproducen hiedras estelares.

Cráter blindado,
filamento lábil,
a la lumbre apagada abre sus plantas.

III

Pez coloidal, escama.
Tangencial, recurrente,
hilo de novilunio en lente blando.
Una emisión de nubes *in vitro* consteladas.
Demarcación del ojo, anillo que perfora
los círculos astrales.

LEVITACIONES

A la memoria de Don Joaquín

I

Ondula en fluido eléctrico
el abanico de árboles.

Las hormigas habitan fortalezas de fruta fermentada.

En el parque se escuchan las primeras escobas,
barriendo cal,
desordenar la gravedad del polvo.

En un viento de cumbres
tiembla la iglesia blanca,
despliega su corola,

emprende el vuelo.

II

Al túnel minucioso de las flores
me conduce el instante
abrigo alado,
mientras las redes líquidas murmuran
al oído del sueño.

Confinar la memoria
en el recinto intacto del origen
es pulir una gema en una lágrima.

El viento pasa y borra toda prisa;
hay pétalos de miel,
rosas de nácar,
diminutos abismos de penumbra;
filigrana de sol.

Violeta saturada de ultramar.

III

Kilómetros esféricos de luz
rodean al insecto.

Sobre la línea de horizonte posa su liviandad.

Lo sostengo en mi mano;
la piel al mediodía es un planeta yermo.

De una montaña a otra
el insecto equilibra su esbeltez
y proyecta su sombra tan extensa
sobre la cordillera de nubes.

IV

Nada es nuestro.

Los nombres sublevados,
catarata de niebla.

No califiques vuelo esa pasmosa levitación
que ha de paralizar sus garras sobre el árbol

apenas digas

-Águila-

V

Carnicería a cuestras,
baldados por el trueno,
homínidos, hollamos
la humedad prodigiosa.

Cosmos intocado,
el mineral dispensa sus derrumbes
a los pliegues del hongo.

Cónclave nocturno,
mariposas
al centro de la cúpula celeste.

VI

No hay perdón,
las batallas se inscriben sobre piedra.

Códice amordazado.

De masacre a dulzura transitan los secretos
rostros de corrupción y pureza.

Emerge el árbol de confesiones,
elevan su follaje
los zopilotes muertos de la culpa.

El aire reta al filo de armas blancas
y quiebra a quienes dudan en el vuelo.

VII

Fisura móvil de la sonrisa.

Corteza sobre piel
sobre ámbar
sobrenada
los caprichos de aceite,
las manzanas y el pan
celeste de los niños
que cobijan su hambre a ras de suelo.

VIII

La seducción desliza su espejo bajo los pies.

Nuestra marcha simiesca
en lentitud de abismos
derrota la sublime procesión.

Más allá de la gasa florida
todo es camino.

Se enciende una luciérnaga en mi carne.

Es el pasado de la luz
que estalla y difumina
en el asombro su velocidad.

Antes de escuchar
- *Ven* -
ya tu voz en mi hombro
se había posado.

IX

Sobre el lecho
manzanas.

Monedas recién caídas,
semen frutal.

Nadie las toque
- incandescentes
ficticias -
derramadas en medio de la noche.

Recuerdan que las nubes
condensan un instante sin palabras,

luego
desaparecen.

X

Ladridos en la noche.

Más denso el territorio.
Más cercado el silencio.

La ascensión perseguida
tropieza con su sombra.

Alguien envidia este capricho de astros,
este antojo de oxígeno,
y este lecho de luciérnagas que cala
el rocío hasta los huesos.

XI

Serpentea el relámpago que cierne
un esqueleto azul sobre el paisaje.

Transcurre el lodazal y nuestros pasos
desafían el clamor.

Viento premonitorio nos impele
al resplandor frutal de una cabaña
que barniza con lumbre sus paredes.

El interior se cierra.

Un rostro incandescente aviva mutaciones.

Las nubes y el relámpago
están dentro.

XII

Fluctúan los abismos
y en oleaje metálico definen
la edad de la catástrofe.

Un galope de luz derriba la tramoya
y el espejo descarna palidez.

Alguien que desconozco
ante mí se disuelve.

Huautla, 1992

FURIAS DEL POLVO

BENGALAS

I

Aquí,
luz implacable arrasa toda sombra.

La desnudez y el viento se confunden.

Brillo total de oleaje;
sobre la piel
constelación de espuma.

Frente a este mar en brama
se desintegra el infinito delecto.

II

Mi piel cede al asalto de un latido rojo.

Caminar es sentir los pies de arena,
los cabellos de sal,
y la boca de aceite confinado.

En las persecuciones del oleaje
el oído ensordece
y queda una batalla de preguntas
en el caracol hueco.

El mediodía despliega su hamaca esplendente;
en el vaivén
su garra de jaguar escudriña la playa.

Siento en mis pies sus uñas de diamante.

Huyo hacia la blancura,
hacia los cobertizos de pañuelos.

Camino sobre brasas
y ya en sombra,
cuando el hielo se funde con la sangre
mi corazón ardiendo continúa.

III

El panteón en la cima de Puerto Ángel,
párpado que se cierra sobre espuma.

Osario que el sol atrae a flor de suelo
para colmarlo de azul.

Cuencos para beber esplendores de intemperie.

Únicos muertos silenciosos.

El mar bajo su sueño incansable combate,

mina su podredumbre y los despierta

desposando la sal con la ceniza.

CONTRAMAR

Se diría que al fin tocamos playa;
el exceso del mar
resuelve su contienda en este olvido.

Un aceite violáceo unge la arena,
es el peso fatal de la saliva
que ha saturado el vuelo
y en el espejo inútil
se demora.

Hoy esta inmensidad
es nunca en la ventana de mi madre
que va a morir sin haberme oído
fiel a su estufa y a su día de baño.

Victoriosa frente al grito,
su catástrofe mina las pasiones
y nos cierra los párpados en la noche de reyes.

Veo su muerte sin viento,
densa,
sin transparencia.

Madre,
cómo he podido
clamar por que me mires
si este mar tan lejano
depositó sus sales en tu espejo.

POLVO SUBLEVADO

A Rafael Soto Vergés

I

A punto de saberlo todo
la hoja del árbol cae
y se liquida el orden de un imperio.

No queda nada
más que un temblor humilde en el olvido,
permanencia espectral de lo que muere.

Medias palabras,
intervalos fugaces del bostezo;
intermitencia de la luz pausada
en un párpado azul corrido al rojo.

II

Insoportable,
la ternura ensancha
el corazón blindado.

Acallemos la inocencia.
Seamos hoy tan duros
como los huesos lo permitan.

Impenetrables, armados, ciegos
devoremos los brotes
y ese temblor de la primera lágrima
que desdibuja al mundo.

III

Fuegos fatuos y reverberaciones.

El corazón se niega a toda luz
y digiere su arcilla envenenada.

Sólo el deseo rebasa la cerrazón del puño
y desborda su ejército metálico
avasallando el beso y la caricia.

IV

Adivinaba entonces los desfiladeros
que evaden las hormigas,
una tras otra sin rebasar
su cadena infalible;
ajenas siempre al vértigo
que fija nuestras órbitas a un punto
donde se precipita la locura y se confunden
purificación y absoluto desdén.

Trayecto interminable,
incapaz de trazar un rasguño en la piedra,
mientras las moscas vuelan soberanas
corrompiendo las ruinas.

Tres días son suficientes en el caos de su vuelo
para embrollar el aire en podredumbre
y exponer al ridículo
esa creación del mundo en siete días
y la perseverancia de los cánones
en la serenidad de las estatuas.

Desde la comisura de unos labios
el polvo se despeña y acumula
monumentos amorfos que disipa
un ademán del viento.

V

Aflora la tristeza
y en resplandores bélicos se hunde,
en calabozos férreos demora
el tropel de su asfixia.

El polvo sueña levitar
sin volver a posarse,
suspendido.

En la demora de su gravedad
olvida glorias, tumbas;
tiñe su transparencia para no ser mirado
y adivina
en el caos del viento
su condena.

VI

Una solidez negra nos aturde
y la lluvia es un muro impenetrable
que oculta los abismos de un verano
cuya ferocidad lejana suena
como roce de sombra.

No se abre el lodazal,
sobre su hervor ya nadie se retrata.

Entre larvas incuba
esta monotonía su perfección
y en los ojos de piedra
la memoria socava su desastre.

Comenzar a estancarse,
hoy que la lucidez se precipita
absoluta y letal sobre nosotros,
es borrar horizontes
y quedar reducidos
a un parpadeo de polvo sublevado.

DEMOLICIONES

A Óscar Ogando
que presintió su rumbo.

I

Volvemos a la calle,
al beso despeñado por la furia,
al hormigueo de alcohol entre las piernas.

Todo son labios, dientes, humedad;
manos que se atropellan bajo la ropa
entre pliegues encallan
y gozan
dolorosamente.

Galope de caballos bajo el agua,
así suena el deseo sin desfogue.

De uno a otro baldío momentáneo
la ambrosía del amor se vuelve mierda.

II

¿Qué nos arde por dentro
y desde cuándo avanza
rebosando los cráteres del ojo?

Al compás dilatado se enrarece
la extenuación.

Ya no respire,
deja que el agua roja
suba a inundarlo todo.

Sabes que no podemos arrancarnos la piel,
pues sólo hay este aire de opacidad funesta
y gazapear exhaustos
mancillando la noche.

III

Dando tumbos avanza la sombra
con el peso de todas las edades,
en inercia de labios encendidos
como metales lentos.

Nuestra carne es tan sólo
la cicatriz que intenta contener
una marea ominosa.

Tú y yo presos en esta parálisis
exponemos a fondo,
ignoramos si acaso desemboca
la oscuridad en algún lecho,
o si existe algún punto de llegada.

Escuchamos la noche
precipitar su lodo en los abismos

i n t e r m i n a b l e m e n t e .

FOROS IMPERIALES

Un ápice de gloria ilumina la tarde;
no importa si es el último
resplandor del incendio
un parpadeo extinto.

En el mármol exhibe la pureza
su desnudez hiriente,
sitiada por ejércitos larvarios.

Quién sino yo conoce
esa garganta oscura
donde pasos perdidos se atropellan.

Una vez más las uvas,
el capitel, las espirales blancas
y las vetas que corren anulándose
en este palco de inmovilidad
donde caen las semillas y sepultan,
una vez más,
su gestación obscena.

Roma, 1993

EQUUS

Solemnidad,
fanfarrias funerales.

Virilidad humeante,
hijares lúbricos.

Es un clamor de cascos
el esplendor caduco.

Catafalcos fantasmas
merodean sin reposo el túnel frío.

La procesión lunar pasa lastrando
su lumbre de improprios
y una fuga de almas
barre el umbral helado
sin aliento.

Andalucía, 1993

SECRETER

A Eduardo Molina y Vedia

MARISMA

Las pasiones desembocan al mar.
Allí estallan o se curan
los poseídos por el fuego,
encuentran el poder que rebasa su incendio,
oleaje continuo capaz de sofocar
desde la primera chispa
hasta la última reverberación.

El mar azul de venas, corazón desflorado,
es un reloj de espuma que disuelve
el pulso ebrio.

Enlazados sobre el lecho, húmedos,
transmutan el sudor que los impregna
en sal purísima cristalizada al sol.

Evitan despertar;
sueñan una gran burbuja
que al rodar en el viento
los traslade a la playa,
y los libere.

Al transcurrir las horas
la piel reconoce los pliegues de las sábanas
y el olfato se abre a un olor mineral casi olvidado.

Se remontan a un mediodía de lentos arcoiris,
cuando él, extenuado,
abrazándose a ella,
al sentir la descarga de la realidad
derramara su río caliente
sobre el nudo de los cuerpos.

Aquel torrente interior,
preso aún, multiplica corales terrestres.

Nube ácida y nocturna,
bajo el vuelo matutino de las sábanas
precipita una isla de contornos oxidados.

Miraban agitarse velas rotas
cuando el viento corría por la ventana.

Su deseo de mar imprimía litorales
en la cal de los muros, en el techo.

Juntos, sin darse cuenta
iniciaron un túnel desde la superficie del espejo.

Era el túnel del beso.
Su intrincada escultura había fraguado,
más allá de las bocas,
un caracol de espacio sin aliento.

Allí en la luz virtual,
en el reflejo móvil de la orilla.

Compartir el mar es la obsesión oculta,
sentencia nunca pronunciada,
pacto sanguíneo urdido
por dos lunas menguantes sobre la luna nueva.

Uno a otro se marcan
una cicatriz roja en la muñeca;
incisión que mezcla reinos
y vuelve a coagularse,
de la sangre a los huesos,
en pulsera punzante,
en látigo de sol.

Prometían viajar juntos, visitar el museo de Van Gogh;
hablaban sin futuro.

Recorrían la pecera hermética del cuarto,
y caían
abrazados
tras el grito.

Una gaviota riza la piel del agua,
huye el pez entre vísceras de seda.

Su desnudez dorada ceñía al cuello un pañuelo blanco.
Bajo el anillo deslumbrante todo era fuego.

Su corazón de pájaro latía
dispuesto a desbocarse en orgasmo y sollozo,
hasta ser pincelada transparente
en la primera luz.

La gaviota cruza la ventana,
cruza el espejo.

Acaso llega al mar.

CIRCUITO INTERIOR

Lejos de su pueblo,
hueso contra hueso se sostiene
bajo la telaraña de un árbol enclenque.

Su sombra menuda fija la fuga de automóviles.

El sudor le dibuja
ese mapa sin nombres
que agrega un día más a cualquier día.

Bajo el árbol raquítico
lo veo cubrirse el rostro,
su mano es el translúcido follaje
de carne tornasol
donde fluctúa una nube
verdinegra de pájaros.

DE PROFUNDIS

1

Tan ajena al ascenso, la tierra exhibe paladares ávidos.

Tendamos la mortaja sin memoria sobre aquellos cadáveres.

Sudarios confundidos en el polvo, elevemos un canto
sobre el féretro altar carcomido de aves,
donde ángeles soplan su deseo
a espaldas de la luz.

2

Minutero de hormigas, los santos degollados
sueñan a tientas flores, espadas, peces.
Sus manos desmoronan yeso de insomnio.

Un recorte de sol danza en marcos vacíos;
ventanas abismales,
donde tú y yo soñamos
disolvernos.

3

Colocaste un espejo invisible
y la ventana de aire quedó quieta.

Sentí caer la seda a nuestros pies

y la tinta del salmo
retumbó de
negrura.

4

Arquería de lluvia, opacidad.

Incrustados, inmóviles, añorando ser piedra,
oímos el lamento desolar los caminos
hasta barrer galopes y rescoldos.

CORAL NEGRO

HABANERA

Relumbra
vedada,
esbelta,
espejo de obsidiana.

Negritud donde duermen
veneros de placer.

Miembros tendinosos, magros,
resina de la noche.

Toda feracidad,
tu esbelta adolescencia
tras mil profanaciones
intocada.

Afilando su palma de cuchillos,
el sol en ti demora
la inquina de su muerte.

Ola soberbia contra los bastiones,
haz restallar tu látigo de espuma.

HABANA VIEJA

Un espejismo en ruinas
muere sal.

Azogue de negrura.

Cruz de bastos al centro
de la lumbre apagada
en las pezuñas rotas
del tótem que sostiene su derrumbe.

Habana Vieja,
fósil de marfil,
ebullición de vísceras,
gran caldero del mundo.

CONGA

Transita el sudor su laberinto trunco.

En tajo pendular
Santiago crece, avanza
pulpo de clorofila,
saurio dormido.

Tam tam
vapor de zafra.

El machete cabalga
la lengua de los negros,
su cuello,
su cintura.

Filos húmedos
se ensartan a sus dedos
y traspasan el vientre
de mujeres jabalí.

CORAL NEGRO

¿Quién soy en alta noche
con las manos vacías
para tomar el pan sencillo de tu cuerpo,
en quicios olvidados
donde retumba el miedo?

Amantes perseguidos
sin techo que cobije el desamparo.

El deseo es una boca profunda
al fondo de las calles
y las puertas se cierran
porque el amor es cuchillo errante
sombra poderosa,
grito que taladra,
luz que perfora.

Nosotros
destinados a un lecho de mar
debemos conformarnos
con escondrijos turbios
a espaldas del control
cedidos por el hambre.

Y florece la tregua piel con piel.

El mundo familiar
cierra los ojos
y bailamos desnudos
arropados
por corchetes de nubes.

Son para ti los girasoles de la risa.

Voy a llorar de infancia.

EL LIBRO DE LOS ESPEJOS

MEMORIA

Fruto que de pronto encarna,
boca que nutre otra boca,
ilumina el sudor y no se rinde
el último contacto
donde anidan arcángeles de piedra.

Al sucumbir una estación de aves
desmoronar un golpe de cincel
cuesta siglos de viento.

DESMEMORIA

Cuesta siglos de viento
desmoronar un golpe de cincel
al sucumbir una estación de aves
donde anidan arcángeles de piedra.

El último contacto
ilumina el sudor y no se rinde.

Boca que nutre otra boca,
fruto que de pronto encarna.

LENTE

La noche se derrama sobre el mundo
cuando escalas celestes se disuelven;
derrumbe de invertebradas torres
es la vibración cósmica.

El castillo de un vaso,
con la gota de muerte que disgrega,
desborda transparencias y se tiñe;
azar que a fuerza de repetir señales
es tacto incandescente.

No es el golpe del vino que subleva.

Al enfocar el túnel del crepúsculo
la uva se convierte en ojo cristalino.

RELENTE

La uva se convierte en ojo cristalino
al enfocar el túnel del crepúsculo.

No es el golpe del vino que subleva,
es tacto incandescente;
azar que a fuerza de repetir señales
desborda transparencias y se tiñe
con la gota de muerte que disgrega
el castillo de un vaso.

Es la vibración cósmica,
derrumbe de invertebradas torres.

Cuando escalas celestes se disuelven
la noche se derrama sobre el mundo.

MAUSOLEO

Sepulcro de ángeles.

Donde el aire derriba sus estelas
vuelos mutilados yacen
y en un pliegue de mármol se dividen los reinos.

En ese umbral no pesa la derrota,
caen las alas,
los hombros fulguran.

Un recinto de vuelos encalla
en sedimento azul.

Raíz de agua,
la clepsidra murmura su descenso.

Estalactita.

En el límite exacto
la gravedad a punto de reposo.

CRIPTA

La gravedad a punto de reposo
en el límite exacto
estalactita.

La clepsidra murmura su descenso,
raíz de agua.

En sedimento azul
un recinto de velos encalla,
los hombros fulguran,
caen las alas.

En ese umbral no pesa la derrota
y en un pliegue de mármol se dividen los reinos.

Velos mutilados yacen
donde el aire derriba sus estelas.

Sepulcro de ángeles.

MORADA

Sin respuesta.
la obsesión de mi pulso,
coagulada sordina que repite
las voces.

La vibración
cubre la brillantez.

Una aterciopelada penumbra
asciende a borbotones.

Su caminar de pies escarnecidos
multiplica huellas,
y en el aliento tenue
toda flor es membrana de una herida

DEMORADA

Toda flor es membrana de una herida
y en el aliento tenue
multiplica huellas.

Su caminar de pies escarnecidos
asciende a borbotones.

Una aterciopelada penumbra
cubre la brillantez
la vibración
las voces.

Coagulada sordina que repite
la obsesión de mi pulso

sin respuesta.

SÚPLICA

Déjame respirar hasta perderme
en tu cráter genésico
de masacre en las eras.

Es tu aliento enervante emanación.

Mi sombra horizontal toda de labios
en la tierra te aguarda.

Centro a centro derrámate a mis pies
desliza por mi frente la gota inicial,
siémbreme la tibieza de tus manos.

Ábreme en surco, ven
mi ensueño es la fragante morada de la rosa.

Ábreme la mañana, luz del campo.

PLEGARIA

Ábreme la mañana, luz del campo.

Mi ensueño es la fragante morada de la rosa.

Ábreme en surco, ven
siémbrame la tibieza de tus manos.

Desliza por mi frente la gota inicial.

Centro a centro derrámame a mis pies;
en la tierra te aguarda
mi sombra horizontal toda de labios.

Es tu aliento enervante emanación
de masacre en las eras.

En tu cráter genésico
déjame respirar hasta perderme.

POSITIVO

Detiene la embestida de las horas
el múltiple cenit, y la mirada,
isla de plenitud donde se posa
el instante absoluto donde moras.

Tu juventud enhiesta y victoriosa
plasmear y ver, de eternidad colmada.
Abate el día, fugaz y polvoriento
la música del mito, que te inunda.

Al fluir por tu cuerpo la luz funda
el designio que engendra todo aliento.
La libertad solar de mi sustento,

árido laberinto donde abunda
la procesión de arcilla que circunda
abierta desnudez a luz y viento.

NEGATIVO

Abierta desnudez a luz y viento
la procesión de arcilla te circunda;
árido laberinto donde abunda
la libertad solar de mi sustento.

El designio que engendra todo aliento
al fluir por tu cuerpo la luz funda;
la música del mito, que te inunda,
abate el día fugaz y polvoriento.

Plasmar y ver, de eternidad colmada,
tu juventud enhiesta y victoriosa,
el instante absoluto donde moras.

Isla de plenitud donde se posa
el múltiple cenit, y la mirada
detiene la embestida de las horas.

PALENQUE II

Fundación y palabra.
Inscripciones que el tiempo no cancela,
boca donde la piedra entreabre
los ávidos vacíos del ensueño.

El grito rojo estalla,
cenit en la marea del aliento.
Jadeos a la sombra enardecida,
latitudes nocturnas, fulgurantes.

Y anegarme en tu vientre
hasta ceñir de perlas tu cintura;
rosas de sal pulidas por mi lengua
se deshojan tus hombros y tu cuello.

Humores de penumbra
en mi boca derraman su tibieza
al emanar su brillo nacarado.
Entrañable bautismo mineral.

Gotas sobre el santuario
temblando se desploman en candentes
arroyos de sudor incontenible.
Los peldaños retumban pecho adentro.

Soberbios, en reposo,
cauces de llamarada se sustentan
en amarga denuncia de la muerte;
hay lágrimas que horadan la ceniza.

En la selva sin tiempo
que desata su cifra hasta la hipnosis,
en continuo arrebatado de latidos,
la sucesiva eternidad avanza.

En la espiral del viento,
cuando el azul eleva sus altares
frente al espejo de la dualidad
el presente desdobra simetrías.

El polvo del origen
hermética recoge de las ruinas
la mariposa, instante suspendido,
depositando polen en taludes.

Un estertor de insectos,
voz multitudinaria y minuciosa,
el paroxismo vegetal eleva
en una intensa negación al cielo.

Del liquen a la flor,
en agobio de tacto nos circunda,
donde la luz detiene el parpadeo,
una avidez de aristas minerales.

En números de piedra
pulsaciones del caos cristaliza
la luminosa desnudez del aire.
Inmemorial, esta pureza absorta.

PALENQUE II

Inmemorial, esta pureza absorta;
la luminosa desnudez del aire
pulsaciones del caos cristaliza
en números de piedra.

Una avidez de aristas minerales
donde la luz detiene el parpadeo
en agobio de tacto nos circunda
del líquen a la flor.

En una intensa negación al cielo
el paroxismo vegetal eleva,
voz multitudinaria y minuciosa,
un estertor de insectos.

Depositando polen en taludes
la mariposa, instante suspendido,
hermética recoge de las ruinas
el polvo del origen.

El presente desdobra simetrías
frente al espejo de la dualidad
cuando el azul eleva sus altares
en la espiral del viento.

La sucesiva eternidad avanza,
en continuo arrebató de latidos
que desata su cifra hasta la hipnosis
en la selva sin tiempo.

Hay lágrimas que horadan la ceniza
en amarga denuncia de la muerte;
cauces de llamarada se sustentan,
soberbios, en reposo.

Los peldaños retumban pecho adentro
Arroyos de sudor incontenible
temblando se desploman en candentes
gotas sobre el santuario.

Entrañable bautismo mineral;
al emanar su brillo nacarado,
en mi boca derraman su tibieza
humores de penumbra.

Se deshojan tus hombros y tu cuello
rosas de sal pulidas por mi lengua
hasta ceñir de perlas tu cintura
y anegarme en tu vientre.

Latitudes nocturnas, fulgurantes
jadeos, a la sombra enardecida.
Cenit en la marea del aliento,
el grito rojo estalla.

Los ávidos vacíos del ensueño,
boca donde la piedra entreabre
inscripciones que el tiempo no cancela.
Fundación y palabra.

